

trumentos divinos. El agua es el primero de estos instrumentos : derramada en la cabeza del hombre en el nombre del *Padre*, del *Hijo* y del *Espíritu Santo*, penetra hasta las raíces de su ser, hasta donde reside el pecado, y la caridad que derrama allí lleva, con la desaparición de la falta, toda la vida de Jesucristo. No quiere decir esto, señores, que la institución del bautismo haya quitado á Dios la facultad de obrar directamente sobre las almas, y de verter en ellas, cuando le agrada, la luz y el amor sobrenaturales; no, porque el bautismo hubiese sido entonces un don funesto, al paso que es un aumento de beneficio en nuestras relaciones con Dios. El poder del *agua* no destruye el poder del *espíritu*; lo pone en nuestras manos para que lo usemos como Dios mismo, haciéndonos de este modo depositarios de la gracia, pero sin despojar á su autor del derecho de dispensarla.

Donde se encuentra la caridad, se encuentra el bautismo, puesto que la caridad es la que hace valer el bautismo; solo que en el bautismo, el hombre es quien confiere la caridad, como ministro de Dios, mientras que fuera del bautismo, Dios la comunica directamente. Y así lo hace todas las veces que, habiendo llegado á la edad de conocerlo y amarlo, no oponemos ningun obstáculo personal á la acción de su misericordia sobre nosotros. Sin embargo el bautismo, además de la virtud vivificante que contiene, es un signo que nos une auténticamente con la Iglesia fundada por Jesucristo, y por esto se necesita recibirlo, apénas se puede, aun cuando la caridad nos hubiese asociado con la vida íntima de Cristo y de todos los que creen en él. De esta suerte es el agua el segundo testigo de Dios en la tierra; instrumento del espíritu, esparce la llama en los corazones, nos lava con ella de la mancha del pecado, obra en nosotros lo mismo que la caridad, y mientras haya en el mundo almas bautizadas, se sentirá por su trasfiguración la verdad del misterio que nos ha salvado.

Por fin, la virtud del agua y del espíritu para hacernos partícipes de Cristo, la sangre la posee también; porque la sangre dada por la fe encierra la caridad que es la causa de su efusión voluntaria, y la caridad, como ya lo hemos dicho, encierra la vida humana y divina de Jesucristo. Este es el tercer testigo, testigo elocuente que confirma los otros dos y les da con el sacrificio un lenguaje que triunfará siempre de la incredulidad y del furor de los tiranos.

Pero ¿es esto todo? ¿El espíritu, el agua, la sangre, este triple medio y este triple testimonio de la vida de Cristo en nosotros, es el

término de nuestra incorporación con él? ¿No hay nada más allá? La caridad que hallegado á nuestra miseria, ¿no ha encontrado nada más para confundirnos con ella en un abrazo divino? Escuchad á Jesucristo confiándoos sus últimos secretos : *En verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y si no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré al fin de los días; porque mi carne es verdaderamente un alimento, y mi sangre es verdaderamente una bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí, y yo en él* (1). Hé aquí, señores, la palabra suprema de nuestra comunión con el Hijo de Dios hecho hombre. Esta palabra es prodigiosa, ella alumbra al pensamiento con una claridad terrible, como los truenos que se oyen de repente en una noche de un hermoso día. Pero no perdamos el valor en el momento de llegar al puerto, y procuremos entender esa extraña luz deslumbradora que señala el último horizonte de la verdad.

Jesucristo ha venido á renovar y divinizar nuestra vida; él la ha renovado muriendo en nuestra carne con un suplicio que satisfacía á la vez la justicia y el amor; él la ha divinizado en nosotros comunicando por tres fuentes, el espíritu, el agua, la sangre, la unción de la caridad que respira en el seno de su Padre. Bastante era, pero no era todo. Porque la vida supone un foco permanente que la contiene, y de donde se derrama en los seres preparados para recibirla. En Dios, el foco de la vida es la misma sustancia divina, igualmente comun á las tres personas que componen por su distinción y su indivisibilidad el misterio de lo infinito. En el universo, el foco de la vida es el vasto seno de la naturaleza, océano sin límites visibles, en el que están sumidos los mundos como los gusanitos, y que da á cada uno, por grande ó pequeño que sea, su pan de cada día. En la humanidad, el foco de la vida es, en cuanto al cuerpo, el suelo ocupado por cada pueblo, y en cuanto al espíritu, la doctrina que prevalece en su cultivo y tradición. Así es, señores, en todos los grados en que se manifiesta la vida; en ninguna parte encontraréis un ser viviente sin un medio que lo rodee, para servirme de la expresión científica, y donde bebe con el principio de su existencia el medio de perpetuarla. Pues por una segunda ley general, la vida es siempre proporcionada al foco que la alimenta; cambiad el foco, cambiaréis la vida, y recíprocamente, si quereis cambiar la vida,

(1) San Juan, cap. 6, vers. 54 y sig.

necesitaréis cambiar el foco. De ahí procede la importancia que la medicina y la moral atribuyen á la naturaleza de las relaciones : la una os manda abandonar una atmósfera demasiado rigurosa para vuestra constitucion ; la otra una sociedad demasiado peligrosa para vuestro espíritu.

Jesucristo, pues, no debia contentarse con tomar nuestra carne y morir por nosotros, como de paso, ni aun con comunicarnos desde arriba el germen de una vida nueva ; autor de esta vida por su encarnacion, era natural que fuese el foco de ella, y que la carne que habia tomado, la guardase para devolvérsela impregnada del espíritu divino, como se presenta al enfermo una sustancia vil é incapaz de curar por sí misma, pero que ha sido mezclada con una bálamo energético y vivificante. Por esta razon, viendo la incredulidad de algunos de sus discípulos respecto del maná sobrenatural, les decia : *El espíritu vivifica, la carne no sirve para nada* (1). Es decir : No creais que es mi cuerpo, como cuerpo, quien os transfigurará, sino el espíritu divino que habita en él para siempre.

No obstante, señores, vosotros no dejais de murmurar en vuestro interior á ejemplo de los Judíos : *¿Como nos dará este su carne á comer* (2) ? ; De tal muerte resiste á las cosas la inteligencia humana cuando toman una forma en su aplicacion que los ojos no tienen costumbre de ver ! Vosotros no os admirais de respirar el aire por vuestros labios, de donde pasa á vuestras entrañas para trasformar vuestra sangre ; vosotros permitis que la luz y el calor penetren en lo mas profundo de vuestra vida para sostenerla ; estos misterios que ponen á vuestro ser en relacion con el inmenso foco de la naturaleza, donde bebe milagrosamente su subsistencia, os parecen hechos vulgares que ni siquiera necesitan explicarse : y os sorprende el que el señor del mundo, el autor de las leyes que os gobiernan, que os hacen vivir, se sirva de estas mismas leyes para introducir en vosotros elementos mil veces mas puros que los que os suministran cotidianamente la existencia. Porque ni el aire, ni la luz, ni el calor, ni ninguno de los flúidos que corren sin peso y sin forma en los abismos del espacio, no podrian daros idea justa del cuerpo de Jesucristo, tal como lo ha hecho la gloria de la resurreccion y de la inmortalidad. Escuchad á san Pablo : *Toda carne no es la misma carne..... los cuerpos celestes no son los cuerpos terrestres..... la luz del sol y la de la luna y la de las estrellas no es la*

(1) San Juan, cap. 6 vers. 64. — (2) San Juan, cap. 6, vers. 53.

misma..... asi será el día de la resurreccion de los muertos. Nosotros sembramos en la corrupcion, y resucitaremos en la incorruptibilidad ; sembramos en la deshonra, y resucitaremos en el honor ; sembramos en la debilidad, y resucitaremos en el poder ; sembramos un cuerpo animal, y resucitaremos en un cuerpo espiritual (1). Así, san Pablo añade á los tres grados gerárquicos de de la materia, al sólido, al flúido y al líquido, un cuarto escalon, lo espiritual. El cuerpo humano, por efecto de la resurreccion gloriosa, alcanzará un límite de perfeccion tan sublime, se aproximará tanto á la naturaleza de los espíritus, salvo en la inteligencia, que la lengua inspirada de la Escritura no puede definirlo de otra manera mas que llamándolo *un cuerpo espiritual*. ¿ Y cuál es el físico que osará admirarse de esto, él obligado por Dios, ó por la naturaleza, si lo prefiere, á hacer esta confesion : el granito y la luz son dos cuerpos ?

¿ Qué físico osará quejarse de que el cuerpo de Jesucristo ocupe tan poco lugar en el altar, él obligado por Dios, ó por la naturaleza, si lo prefiere, á confesar que una gota imperceptible de vapor, pasando del estado flúido al estado liquido ocupa catorce mil veces menos lugar que ántes, sin que haya perdido su esencia con tan maravillosa disminucion ? Y si se invoca la diferencia de los cuerpos organizados con los que no lo son, ¿ qué físico no se verá obligado á reconocer en el misterio de la generacion humana un cuerpo humano entero bajo un volumen que desafía á la perspicacia del ojo ? La razon es que la cantidad material no es en los cuerpos mas que un accidente variable, que Dios, si le place, puede reducir á un tamaño infinitamente pequeño.

Pero diréis, cualquiera que sea la sutileza de la carne, pasada al estado espiritual, ¿ cómo concebir que la de Jesucristo, que es siempre una verdadera carne, contenida bajo su forma natural y en un espacio determinado, pueda estar presente á la vez en una multitud de sitios y comunicarse real y sustancialmente, como lo quiere la fe, á los fieles del mundo entero en un mismo momento ? Si el espacio no es una quimera, y la distincion de los seres una ilusion, ¿ cómo concebir que un mismo cuerpo ocupe al mismo tiempo lugares separados por inmensos intervalos, que esté en el cielo y en la tierra, en reposo y movimiento, y siempre, no obstante esto, en posesion

(1) 1ª Epístola á los Corintios, cap. 53, vers. 39 y sig.

de su identidad y de su unidad? Señores, santo Tomas de Aquino es de vuestra opinion; él no cree que un cuerpo pueda ocupar á la vez diversos lugares; y que sea por un efecto de traslacion que el del Hombre-Dios esté verdaderamente en sus tabernáculos, en todos los altares de la cristiandad. Yo no os espondré su doctrina sobre esta materia; ella es difícil de entender, y yo prefiero servirme de una explicacion mas sencilla, que la Iglesia no ha desaprobado, y que los descubrimientos de la ciencia han ilustrado tal vez en estos últimos tiempos.

Todo cuerpo está dotado de irradiacion, es decir de una expansion de sí mismo fuera de sí, por la cual, sin perder nada de lo que él es, proyecta á lo lejos su sustancia, su forma y vida. Como un edificio, herido por la luz, se dibuja con sus partes mas delicadas y menos visibles en la lámina de metal que se le pone delante, así, de una manera latente ó manifiesta irradia todo cuerpo en torno suyo. Y si se puede dudar respecto de algunos, es imposible no reconocerlo en los flúidos que pueblan invisiblemente el espacio y donde se alimenta la vida universal. ¿Con cuánta mas razon debe de suceder esto con un cuerpo que alcanza por medio de la resurreccion el esplendor de la incorruptibilidad, y sobre todo, con el cuerpo de Jesucristo, el cual no solo está en el mas alto grado de la trasfiguracion de la naturaleza por la gracia, sino que posee además el soplo omnipotente de la divinidad? ¿Quién podría, teniendo el deseo, detener en él el movimiento de irradiacion, y de una irradiacion integral, conteniendo su sustancia, su forma, su vida, toda su verdadera carne llena de su alma y del Verbo divino? El sol nos envia de esa suerte, desde lo alto del firmamento, una luz que es todo lo que él es, salvo la cantidad; pero la cantidad material, ya lo hemos dicho, no es mas que un accidente de los cuerpos, y el mas ó menos no aumenta ni disminuye su esencia. La luz es la luz, el oro es el oro, cualquiera que sea la medida en que se ofrezcan, y es vigorosamente cierto que el sol, en uno de sus rayos, nos comunica la integridad de su ser. ¿Qué será tratándose del Hombre-Dios, de aquel que la Escritura llama *sol de justicia*, y que, convertido en foco de la vida regenerada, no ha tomado nuestra carne sino para devolvernosla con el beneficio de su muerte y de su resurreccion? ¿Cómo! un poco de barro suspendido en el espacio derrama su sustancia, su forma y su vida sobre el universo, ¿y el Hombre-Dios no podría hacerlo? ¿Cómo! el hombre, por débil que sea, encuentra en sus entrañas el secreto de desdoblarse para comunicar su sustancia, su

vida y su forma á otro ser, ¿y Dios no podría hacerlo? Ciertamente que estas no son mas que imágenes y comparaciones; pero las imágenes y las comparaciones son advertencias dirigidas al orgullo, una duda propuesta á la inteligencia por Aquel que ha sembrado tantos misterios en el mundo visible, y que ha podido indudablemente para salvarnos mas de lo que ha hecho para criarnos.

Sí, como hay un pan de la naturaleza, hay un pan de la gracia; como hay un pan de la vida mortal, hay un pan de la vida eterna. Yo creo á Jesucristo cuando me dice: *Yo he venido á darles la vida* (1). Y tambien lo creo cuando dice: *Yo soy el pan vivo, bajado del cielo* (2). Yo abriré la boca y recibiré este pan celeste sin admirarme; porque, ¿de qué me admiraré? ¿No es mi boca un órgano espiritual, preparado para sublimes operaciones? ¿No la habita mi alma? ¿No sale la verdad de sus entreabiertos labios con la ola sagrada de la palabra? ¿Porqué la carne trasfigurada del Hombre-Dios no pasaria por las puertas por donde pasa la verdad que viene de él? ¿O boca del hombre, vaso misterioso, ábrete para recibir al Dios que te ha hecho, al Dios de quien tú hablas, al Dios que conoce las vias para penetrar en tu alma y comenzar el abrazo sustancial que se consumará en la eternidad! Ábrete sin temor y sin orgullo: sin temor, porque el Dios que viene á tí es dulce y amable; sin orgullo, porque tú no has merecido tocarlo tan de cerca. Ábrete para comer la carne del Hijo del Hombre y para beber su sangre: esos son los términos expresos que ha usado para convidarte á este festin. Él no ha tenido miedo, él ha querido ser atrevido en este misterio mas que en otro alguno, á fin de tranquilizarnos con la pasmosa desnudez de su lenguaje. Él nos ha dicho: *Comed y bebed: comed mi carne, bebed mi sangre*. Y si ha habido discípulos que se han amedrentado con tales palabras y que le han respondido: *Esa palabra es dura, ¿y quién podrá entenderla* (3)? Si ha habido otros que lo han dejado para no volver á verlo, la humanidad no ha obedecido su debilidad, ni su traicion: ella ha venido al banquete de la gracia, ella ha preparado mesas, ella ha edificado magníficos monumentos para cubrir de gloria y de sombra el pan de que habia dicho el Hijo de Dios: *Este es mi cuerpo*. Ella ha creído que, puesto que una madre puede llevar á su hijo en sus entrañas y nutrirlo con su sustancia despues de haberlo dado á luz, no era imposible para

(1) San Juan, cap. 10, vers. 10. — (2) San Juan, cap. 6, vers. 51. — (3) San Juan, cap. 6, vers. 61.

Dios el tener el mismo poder con la misma ternura, y el renovar entre nosotros y él los milagros de la maternidad. En fin todo ha cedido, como quiera que sea, ante esta palabra: *Comed y bebed*. El género humano ha comido adorando su alimento; él ha bebido adorando su bebida; la locura de la fe ha igualado á la locura de la caridad.

Preciso era, puesto que al cabo la primera y la última palabra de nuestro destino ha sido siempre unírnos á Dios en la perfeccion y la beatitud de la vida eterna. Bajo este término el hombre no es nada todavía, y por grandes que sean los prodigios de alianza que hayan sido vistos entre Dios y él, no son sin embargo mas que signos, preparativos, precursores, lo que es la sombra de la mañana comparada con la luz del mediodía. Día llegará en que la carne misma del Verbo divino no será alimento suficiente para nosotros; nosotros lo recordaremos como se acordaban los Israelitas en la tierra de promision del maná del desierto. El arca santa conservaba su memoria en un vaso de oro, pero el hijo de Abraham no dejaba de subsistir por eso. Él comia bajo la vid y la higuera los frutos de su patria, y bebía alegre en las fuentes de Sion. Así, al llegar nosotros al otro lado del Jordan, encontraremos allí en la incorruptibilidad la carne de Cristo, nuestro amado Salvador; nosotros tocaremos con nuestros labios sus benditas manos, nos saciaremos á sus piés con los bálsamos lejanos de su sacrificio, nosotros diremos en un language que no sabemos todavía: ¡Hé aquí aquel que nos ha amado hasta morir! Pero aun cuando quisiéramos comer su carne y beber su sangre, por un recuerdo de nuestras delicias, no podríamos satisfacer nuestro corazon en este foco de nuestra antigua vida: Dios solo, Dios visto cara á cara, Dios poseido en su sustancia, Dios corriendo por nuestras entrañas como un rio sin márgenes, hé aquí cual será nuestro último banquete, el banquete del vino nuevo y eterno, de que decía Jesucristo en la noche de la cena: *Yo no beberé mas de este fruto de la vid, hasta que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre* (1).

Tal será el término; hasta entonces no podemos incorporarnos con Dios sino por medio de Jesucristo; como Jesucristo se ha incorporado con nosotros por medio de la Virgen Maria. Allí está nuestra esperanza y nuestra fe; ahí os dejo, en el punto en que concluye el dogma, y donde la verdad, en cambio de la luz, os pide la vir-

(1) San Mateo, cap. 26, vers. 29.

tud. Tal vez la Providencia me permitirá abriros esta segunda via, mi temor y mi deseo es ese; mi temor, porque desconfío de mi; mi deseo, porque os amo. Pero aun cuando Dios me preparara una nueva carrera, yo no puedo prescindir de hablaros como si me despidiera de vosotros. Permitídmelo, no como un presentimiento del porvenir, sino como un consuelo.

Digo un consuelo, porque siento en mí dos afectos contrarios, el uno de alegría por haber dado cima á una obra útil á la salvacion de muchos, y por haberle dado cima en un siglo llamado el siglo de los abortos; el otro de tristeza, pensando en que no se acaba una obra por un hombre sin que deje en ella la parte mas bella de sí mismo, las primicias de su fuerza y la flor de sus años. Dante comienza así su divina epopeya: « En medio del camino de la vida, me desperté solo en una profunda selva. » Yo he llegado, señores, á este medio del camino de la vida, al punto en que el hombre se despoja del último rayo de su juventud, y baja por una pendiente rápida á las playas de la impotencia y del olvido. Yo no pido otra cosa que descender, puesto que esta es la suerte que la Providencia justa nos ha marcado; pero á lo menos, en este punto de division de las cosas, desde donde yo puedo ver una vez mas los tiempos que van á cerrarse, vosotros no me envidiaréis la dulzura de echarles una mirada, y de evocar ante vosotros, que habeis sido los compañeros de mi viage, algunos de los recuerdos que me hacen amar tanto esta metrópoli y á vosotros.

Cuando mi alma se abrió á la luz de Dios, aquí fué donde bajó el perdon sobre mis faltas, y yo entreveo el altar en que, sobre mis labios fortificados por la edad y purificados por el arrepentimiento, recibí la segunda vez al Dios que me habia visitado en los primeros albores de mi adolescencia. Aquí fué, donde tendido en el pavimento del templo, me elevé por grados á la uncion del sacerdocio, y donde, despues de largos rodeos en que busqué el secreto de mi predestinacion, me fué revelado en esta cátedra que por espacio de diez y siete años habeis circundado de silencio y honor. Aquí, de vuelta de mi destierro voluntario, he traído el hábito religioso que medio siglo de proscripcion habia arrojado de Paris; y presentándolo en una asamblea formidable por el número y la diversidad de las personas, obtuvo el triunfo de un unánime respeto. Aquí, al dia siguiente de una revolucion, cuando nuestras plazas estaban aun cubiertas con los restos del trono y las imágenes de la guerra, vosotros vinisteis á escuchar de mi boca la palabra que sobrevive á to-

das las ruinas, y que sostenida aquel día por una emoción que todos sentían, fué saludada por vuestros aplausos. Aquí, bajo las piedras próximas al altar, reposan mis dos primeros arzobispos; aquel que me llamó muy joven para que tuviera la honra de enseñaros, y aquel que me volvió á llamar, cuando me hubo alejado de vosotros la desconfianza en mis propias fuerzas. Aquí, en esa misma silla arzobispal, he hallado en un tercer pontífice el mismo corazón y la misma protección. En fin, aquí han nacido todas las afecciones que han consolado mi vida, y aquí, hombre solitario, desconocido de los grandes, alejado de los partidos, apartado de los lugares que frecuenta la muchedumbre, he hallado las almas que me han amado.

O muros de Nuestra Señora, bóvedas sagradas que habeis enviado mi palabra á tantas almas privadas de Dios, altares que me habeis bendecido, yo no me separo de vosotros; yo no hago mas que decir lo que habeis sido para un hombre, y desahogarme con los recuerdos de vuestros beneficios, como los hijos de Israel, presentes ó desterrados, celebraban la memoria de Sion. Y vosotros, señores, generación numerosa ya, en quien tal vez he sembrado verdades y virtudes, yo me uno á vosotros para lo futuro como lo he estado en lo pasado: pero si un día hicieran traición mis fuerzas á mi ardor, si llegarais vosotros á desdeñar los debilitados acentos de una voz que os ha sido querida, sabed que jamás seréis ingratos, porque nada puede impedir en lo sucesivo que hayais sido la gloria de mi vida, y que seais mi corona en la eternidad.

FIN.

DECLARACION.

Aunque he enseñado constantemente bajo la autoridad y en presencia de los arzobispos de Paris, y á pesar de que nunca ha sido mi doctrina objeto de crítica ó advertencia por parte suya; aunque esta misma doctrina, publicada por medio de la prensa, no haya dado motivo á reproche ni discusión: sin embargo, por si se me ha escapado, al tratar tan gran número de cuestiones teológicas, algun error involuntario, como lo debo presumir y lo presumo sinceramente de mi debilidad, declaro que someto mis conferencias á la Iglesia católica de quien soy hijo, y en particular, á la santa Iglesia romana, madre y señora de todas las Iglesias, en quien reside la plenitud de la autoridad fundada en la tierra por Nuestro Señor Jesucristo.

Declaro tambien de nuevo que no reconozco las supuestas reproducciones que han hecho de mis conferencias algunos periódicos, cualquiera que sea la forma y el nombre de estos. Protesto de nuevo contra esta violación de la propiedad literaria, cuyo resultado es poner bajo el nombre de un predicador discursos recogidos mal por los taquígrafos en medio de un auditorio inmenso, y no menos mal corregidos por los autores de esta especulación. Si alguna vez llegase á ser atacada la doctrina contenida en tales papeles, yo declaro que declino su responsabilidad como la de una obra que no me pertenece, y de la cual no podria